

DE METÁFORAS Y METONIMIAS:
ANTONIO CORNEJO POLAR EN LA ENCRUCIJADA
DEL LATINOAMERICANISMO INTERNACIONAL

Las numerosas revisiones que ha estado recibiendo la obra de Antonio Cornejo Polar en los últimos tiempos han puesto en evidencia, de múltiples maneras, la inserción que ésta tiene en los debates que agitan actualmente el campo del latinoamericanismo y de los estudios culturales producidos en y sobre América Latina. Sin embargo, y a pesar de las diversas perspectivas que se han utilizado para explorar los distintos aspectos de su crítica, el estudio de la obra de Cornejo Polar tiene aún un carácter fragmentario y selectivo, que retiene las marcas acotadas de la trayectoria intelectual premeditadamente regionalizada y predominantemente textualista del crítico peruano se olvida con frecuencia, también, que esta obra respondió, en casi todas sus instancias, a los requerimientos de debates concretos, así como a necesidades académicas, y a coyunturas ideológicas precisas.

Considerada generalmente como uno de los más altos exponentes de los alcances —aunque también, quizá, según algunos, de las limitaciones— de la *intelligentzia* criolla, la obra de Cornejo ha sido interpretada como producto propio de la *ciudad letrada*, y contrapuesta, cuando no asimilada —erróneamente, en general— al pensamiento de Ángel Rama, particularmente a las reflexiones del crítico uruguayo sobre transculturación, discurso diaspórico y procesos de institucionalización cultural¹. Según algunos, para bien o para mal, la obra de Cornejo Polar se presenta, asimismo, como una de las más representativas del “latinoamericanismo vernáculo” o “neorregionalista”, el cual se encuentra hoy, nuevamente, como en otros momentos de su historia, bajo escrutinio, en diversos contextos académicos.

Es bien sabido que la contribución historiográfica de Cornejo Polar fue, desde la década de los años setenta, fundamental y particularmente productiva en el cuestionamiento y flexibilización de los modelos y principios canónicos que institucionalizaron en América Latina el gusto y la ideología dominante desde los

¹ La aproximación de las categorías de heterogeneidad, hibridez y transculturación ha sido objeto de múltiples estudios, que intentan explicar similitudes y diferencias entre esos contextos, así como las ventajas o especificidades de su uso en distintos contextos. Al respecto véase, por ejemplo, Schmidt, García-Bedoya, Lienhard.

orígenes de la vida independiente. Al mismo tiempo, en el terreno crítico, sus aportes definieron una nueva manera de concebir y analizar las sociedades y culturas latinoamericanas, de cara justamente al corpus que aquella institucionalización excluía o desplazaba del repertorio oficial de las literaturas nacionales. Aunque sea cierto, entonces, que la obra del crítico peruano confirma la centralidad letrado-escrituraria en tanto espacio privilegiado de construcción simbólica y reproducción ideológica, es indudable que en el revés de la operación canonizadora, su obra crítica descubre y descubre los juegos de poder y las negociaciones que hacen posible esa centralidad y la complicidad de esas operaciones con los proyectos de constitución y consolidación de culturas nacionales, tal como éstos fueron concebidos por el pensamiento ilustrado.

Sin embargo, aunque la importancia fundamental de la contribución crítica e historiográfica de la obra de Cornejo Polar es indudable, creo que sería erróneo no ver en ella, además, una *dimensión teórica*, que se construye evolutivamente en sus textos durante más de veinticinco años, y que brinda las bases para un debate acerca de los modelos epistemológicos y representacionales a partir de los cuales se efectúa la crítica de la cultura y la literatura latinoamericanas².

En otra parte he avanzado algunas ideas acerca de la elaboración que recibe en la obra de Cornejo Polar, principalmente a partir de *Escribir en el aire*, la noción de sujeto como instancia que, partiendo y superando el concepto de heterogeneidad, registra y analiza otras instancias del proceso representacional y de la construcción de subjetividades colectivas, tal como éstas se inscriben en el campo cultural latinoamericano³. En estas páginas quiero referirme a otros aspectos teóricos relacionados con esa elaboración de la noción de sujeto como categoría relacional en la que se anudan y despliegan las contradicciones del sistema social, como desafío a toda noción fija, homogeneizante y verticalista de los procesos culturales y las (id)entidades nacionales. Quiero desembocar, sobre todo, en el último texto de este autor, que tuviera una polarizada recepción entre los críticos que interpretaron hasta ahora este documento predictivo y de alguna

² Debe decirse que tal dimensión teórica no respondió, en la obra de Cornejo Polar, a un propósito de concepto sino que el crítico enfatizó más bien, en diversas oportunidades, la dimensión “meramente” crítica de su trabajo. Sin embargo, en casi todos sus textos críticos, pero más agudamente en *Escribir en el aire* su crítica “antiteórica” se presenta en diálogo evidente y con frecuencia explícito con teorizaciones pertenecientes no sólo al campo de la crítica literaria sino de la antropología, los estudios culturales y las ciencias sociales.

³ Me refiero aquí a mi nota sobre “*Escribir en el aire*: heterogeneidad y estudios culturales” (reproducida en este libro) donde analizó la evolución del concepto de heterogeneidad en la obra de Cornejo Polar y el viraje crítico que se advierte en su último libro, donde la crítica se sitúa más explícitamente en la noción de sujeto y en las prácticas discursivas que corresponden a distintas posiciones enunciativas.

manera testamentario del crítico peruano, producido en las últimas etapas de su vida y leído en su ausencia en el congreso de LASA (1997), en Guadalajara⁴.

Me consta que Cornejo fue plenamente consciente, al producir el artículo titulado “Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas” de que éste se inscribía polémica y provocadoramente en el centro de los debates actuales sobre el latinoamericanismo, en el cruce mismo de la reflexión acerca de la vigencia de los “estudios de área” y el avance de los estudios culturales como nueva estrategia analítica y transdisciplinaria dentro y fuera de América Latina⁵. En este sentido, creo que las encontradas opiniones que ese texto suscitara hasta ahora demuestran que ha cumplido con su propósito, sin que su propuesta se agote, sin embargo, por el carácter doblemente coyuntural de su producción ni por las acotadas posiciones a las que ha interpelado.

En sus escasas cuatro páginas, el texto de Cornejo se organiza en torno a dos núcleos fundamentales, estrechamente vinculados. El primero constituye, con toda su brevedad, un emplazamiento firme de categorizaciones teóricas (mestizaje, hibridez, transculturación) y de estrategias críticas (por ej. la utilización de conceptos antropológicos para el caso de la cultura andina) que supuestamente explicarían al crítico exterior a las culturas estudiadas, por asimilación o por continuidad con los textos analizados, el espesor significativo de éstos, su dimensión estética y su configuración discursiva. Cornejo advierte que la relación entre epistemología crítica y producción estética, al ser, como indica, “inevitablemente metafórica”, se apoya en un desplazamiento o traslación imperfecta, forzada, oblicua, de significados, operando muchas veces una transferencia de sentidos –de dudoso “rendimiento teórico”– entre diversos dominios del saber. Aunque Cornejo reconoce el valor relativo de estos alcances como aproximaciones parciales o provisionales a un campo de estudio, entiende que tales categorizaciones o estrategias críticas provienen en general de un espacio epistemológico “distinto y distante” del campo interpretado.

El segundo núcleo del texto de Cornejo, en estrecha vinculación con lo anterior, advierte contra la hegemonía creciente –o habría que decir, contra el nuevo empuje– del inglés como lengua del Saber, la Teoría, la Interpretación, en el ámbito del latinoamericanismo internacional.

Cornejo se refiere al uso del inglés como lengua de un procesamiento teórico que se efectúa con prescindencia de los aportes bibliográficos latinoamericanos y

⁴ Respondo aquí particularmente a la interpretación realizada por Julio Ramos, “Genealogías de la moral latinoamericanista: el cuerpo y la deuda de Flora Tristán”. Sin embargo, el texto de Cornejo Polar ha sido comentado también por otros críticos en simposios y conferencias.

⁵ Este texto de Cornejo Polar, publicado por primera vez en *Revista Iberoamericana*, fue reproducido luego en otras publicaciones, por ej. en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* y en el libro de homenaje editado por Tomás Escajadillo. Cito aquí por la versión de *RI*.

a la tarea de diseminación pedagógica realizada muchas veces en esa misma lengua y con arreglo a un canon teórico posmoderno que se sobre impone, a veces con violencia, al corpus estudiado. Enfatiza, sobre todo, las implicancias que se desprenden de esas prácticas a partir de las cuales se prestigia y jerarquiza la cultura interpretante sobre la interpretada, subalternizando, por así decirlo, al objeto de estudio, y a los productores culturales (creadores, críticos, receptores inmediatos) del acervo cultural hispanoamericano. Cornejo advierte, finalmente, sobre el reemplazo imperfecto de los textos hispanoamericanos por traducciones muchas veces parciales o imperfectas, y sobre el proceso general de “falsa universalización de la literatura a partir del instrumento lingüístico con que se la trabaja”. Sugiere, en este sentido, que esta tendencia podría significar, en sus palabras, “el deshilachado y poco honroso final del hispanoamericanismo” (344).

En mi opinión, el texto de Cornejo debe ser visto, por el carácter rápido y puntual de sus reflexiones y por las condiciones mismas de su producción, como una *intervención* en el sentido lato, casi *performativo*, de la palabra. O sea, no sólo como una toma de partido sino como una operación por medio de la cual se interpone un recurso, se actúa e intercede para examinar la validez –en este sentido, la legitimidad o los principios de autorización– de un procedimiento determinado.

Ni el reclamo de Cornejo es nuevo –¿cómo podría serlo?– en el debate latinoamericanista, ni se sustenta, como el autor subraya enfáticamente, en un fundamentalismo lingüístico que reivindique la *necesaria* continuidad entre la lengua de la literatura o la cultura analizadas y la de quienes las toman como objeto de estudio. El texto de Cornejo advierte en el uso de la lengua la delimitación de espacios de poder –de autoría, autoridad y autorización teórica– que no se configuran independientemente del lugar (metafórico) desde donde se habla, es decir de los constituyentes ideológicos y la cosmovisión que acompañan esa centralidad, de las agendas en las que se inscribe –se escribe, se adscribe– un discurso crítico-teórico. Cornejo advierte en el uso preponderante del inglés y en las estrategias de exclusión que la academia norteamericana utiliza para relegar el trabajo de críticos, editores, creadores latinoamericanos a los suburbios de sus elaboraciones teóricas, la utilización de un dispositivo que es indicio de un proceso más amplio de producción y circulación de saberes y de bienes simbólicos en el contexto de la globalidad, en el cual se manifiestan claramente las presiones ejercidas por parte de académicos norteamericanos sobre el dominio del latinoamericanismo, con vistas a la solidificación de nuevas o al menos renovadas hegemonías ideológicas y profesionales. En otras palabras, llama la atención sobre el valor de uso de América Latina para la posmodernidad hegemónica, y sobre el uso del inglés como metáfora del capitalismo global.

El texto de Cornejo no distingue, por su misma premura, entre distintos proyectos teórico-ideológicos dentro del latinoamericanismo, digamos “no vernáculo” –se refiere, ampliamente, a los estudios culturales, a la crítica posmoderna, al

subalternismo– preocupado como está, sobre todo por demarcar los alcances e implicancias *ideológicas* de una práctica académica y pedagógica, de un conjunto de estrategias profesionales, de un reacomodo, en definitiva, de los espacios de poder y legitimación discursiva que tiene en el uso de la lengua su expresión metafórica más significativa y sintomática.

Creo que aun asumiendo los riesgos de una violenta desconexión de estas cuatro páginas finales de Cornejo Polar del resto de su producción crítica, sería erróneo e injusto atribuir la reivindicación del español a un apego identitario fundado fijamente en la noción de origen (¿cuál, el prehispánico del Inca, el del descubrimiento, el de la independencia, el cultural y metafórico de la lengua o la religión?) o a nociones de territorialidad y tradición, o a cualquier otro tipo de arraigos marcados por un conservadurismo recalcitrante, esencialista, telurista, vernacular, pesadamente axiológico, cultivado de espaldas a las transformaciones del latinoamericanismo tanto como a los cambios producidos en las mismas sociedades a las que el campo de estudios se dirige y desde donde ese latinoamericanismo se cultiva, en lenguas diversas. Peculiar, sobre todo, atribuírselo a quien redefiniera con su trabajo crítico-historiográfico la naturaleza misma de las culturas analizadas al colocar un énfasis definitivo en la constitución diferenciada y desigual de los componentes socioculturales de los que esas culturas emergen. Erróneo, sobre todo, atribuirle la fijeza y proyección de un “legado” sustraído de los cambios históricos y culturales a quien supo moverse de la noción más plana de heterogeneidad –que sirvió, sin embargo, a pesar de su carácter inicialmente descriptivo, para desarticular ese deseo burgués y liberal llamado culturas nacionales–, hacia una concepción relacional de sujeto definido como “complejo, disperso, múltiple”, hasta llegar a una final focalización en el discurso migrante, producto de la sucesiva o simultánea adscripción de individuos o grupos comunitarios en espacios culturales diversos, como resultado de los desplazamientos ciudad/campo o de la traslación interurbana⁶. Creo que es erróneo también ver en el texto de Cornejo un alegato reducido a la cuestión de valor estético, cultural, incluso ético, sin advertir que la principal preocupación que lo anima es de carácter ideológico, social si se quiere, en la medida en que el latinoamericanismo se ha sustentado en América Latina, sobre todo a partir de la modernidad, en tanto reflexión acerca de los procesos de simbolización y representación de actores y procesos sociales que van definiendo históricamente su lucha por la supervivencia política, económica, cultural, dentro de los contextos de la occidentalización y de la dependencia económica.

Creo que debe recordarse, en contra de estas interpretaciones, que la crítica de Cornejo Polar, centrada aunque no reducida a la noción de heterogeneidad, explo-

⁶ Véase, por ejemplo, el artículo de Antonio Cornejo Polar: “Una heterogeneidad no dialéctica”.

ra principalmente desde sus comienzos, la naturaleza problemática de la mediación letrada y de las operaciones de apropiación cultural e ideológica que acompañan los procesos representacionales en América Latina. En este sentido, su obra se elabora sobre todo como una *teoría del conflicto* –social, cultural, ideológico– que hace énfasis en los antagonismos que distinguen la historia y la cultura latinoamericana más que en el simple registro –y mucho menos aún en la celebración– de la cualidad diferencial que organiza, agónicamente, los componentes de esa cultura y de la literatura producida dentro de los parámetros de la nación burguesa y liberal. En el texto final en el que alerta sobre la diglosia crítica y las nuevas estrategias de universalización cultural, esa *teoría del conflicto* se expande a nuevas zonas de contacto e hibridación cultural: la que resulta de la apropiación y procesamiento del material latinoamericano por parte de un sujeto *heterogéneo* (el latinoamericanista metropolitano) “distinto y distante”, epistemológicamente hablando, de la realidad interpretada.

El tema de la traducción y la preocupación con los desplazamientos y licencias metafóricas no es, entonces, una preocupación reciente en la obra de Cornejo Polar, sino uno de sus ejes principales. Como Francine Masiello anotara, la crítica de Cornejo se enfoca –sobre todo en *Escribir en el aire*– justamente en las tensiones lingüísticas que producen desde la colonia, en el proceso comunicativo, zonas de conflicto tanto como espacios de impensadas alianzas; entre grupos diversos, entre oralidad y escritura, entre lenguas distintas. En este sentido, Cornejo reflexiona en distintos registros –a propósito de la literatura, en su atención a las hibridaciones interculturales, en su definición del sujeto migrante, y también en lo que se refiere a cuestiones de bilingüismo o “diglosia crítica”– en torno al tema de la *traducción* pero no, como indica bien Masiello, con un sentido meramente celebratorio, sino para enfatizar el problema de las ambigüedades, los fracasos y las experiencias de falso reconocimiento a que conduce la traslación de sentidos entre lenguas o culturas diversas. Las reflexiones del último texto de Cornejo, “Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas” –el cual debió quizá ser titulado, evitando la tentación de sus intérpretes, “el riesgo de las metonimias”– se inscriben justamente dentro de este registro. Cornejo advierte que la traslación de categorías teóricas de un espacio epistemológico a otro, al igual que el predominio diglósico que afirma el prestigio del inglés sobre el español, mantienen a ambos dominios –los de esas dos lenguas, pero también los de la Teoría y la Interpretación por un lado, y el de la cultura interpretada por otro– sólo falsa o metafóricamente unidos por los puentes quebrados de categorizaciones sólo aproximativas, pero a veces también violenta o tendenciosamente desviadas del material interpretado.

La importancia central que tiene en la obra de Cornejo Polar la idea de totalidades o de simultaneidades contradictorias que coexisten tensamente dentro de un mismo curso histórico y con arreglo a una territorialidad convencionalmente

asignada como el espacio orgánico de la nación-Estado no supone, sin embargo, la mera recuperación de un pluralismo étnico lingüístico, ideológico, en las formaciones sociales latinoamericanas, ni la celebración de un multiculturalismo anodino y falsamente conciliatorio. Cornejo avanza, más bien, hacia la afirmación de una negatividad constitutiva, de una disgregación originaria, específica e históricamente determinada, que resiste todo intento de centralización reductiva o dilución teórica.

Muy lejos, en este sentido, de la visión de Rama, para quien “la cultura de la modernidad es una y la misma en todos los puntos de América Latina” (*Transcultura narrativa*, 218), Cornejo articula su *teoría del conflicto* sobre la idea de una desigualdad constitutiva que resiste la armonía y la conciliación, tanto como la mera traslación de categorías teóricas fijas de un dominio epistemológico a otro, aunque los componentes culturales sean permeables y fluidos, en distintos grados y de acuerdo a sus propias condiciones de existencia social. Su denuncia de la ideología del mestizaje como propuesta planamente multiculturalista y conciliatoria de los antagonismos socioculturales latinoamericanos muestra que su crítica no se detuvo en el mero registro de las tensiones interculturales a nivel continental, ni en la mera referencia funcionalista a los términos que rigieron el choque cultural y político que resultara en el desmantelamiento de las culturas prehispánicas a partir de la conquista. Más bien, su *teoría del conflicto* aborda los productos de la cultura criolla como resultantes de la condición neocolonial de América Latina, condición no cancelada por la independencia política y el surgimiento de naciones a nivel continental, ni por los procesos de modernización a partir de los cuales la cultura americana redefinió históricamente su participación en el contexto occidental. Condición no cancelada, tampoco, por la convivencia en la globalidad ni por los procesos de transnacionalización cultural, por muy determinante que pueda ser su impacto para América Latina y para los centros desde los que se orquesta y organiza la mundialización. Ni los procesos de criollización o cholificación propios del área cultural andina, ni la ideología del mestizaje alentada por las elites criollas ya desde la colonia, ni las estrategias integradoras del populismo de Estado ni, más recientemente, las teorías poscoloniales distrajerón nunca en la obra de Cornejo Polar de los antagonismos inherentes al proceso de producción cultural y construcción identitaria en y para América Latina, antagonismos que la mediación letrada contribuyó históricamente a evidenciar –y a veces a encubrir– por medio de estrategias variadas de representación simbólica.

Cornejo pone el énfasis en una contradictoriedad que se resiste a la síntesis, o sea en una antidualéctica que partiendo de la violencia colonizadora, resiste la unificación nacionalista –y en el caso de su último texto, la unicidad lingüística– dejando en evidencia, en el interior de los distintos sistemas que constituyen la sociedad latinoamericana y sus representaciones simbólicas, las pulsiones de

agresión y resistencia, totalización y fragmentación, homogeneización y heterogeneidad, hegemonía y subalternidad.

Partiendo de la problematización de la mediación letrada, la obra de Cornejo se aplica sobre todo a la elaboración de la *otredad*, como contrapartida de los esencialismos identitarios, de cuño romántico-idealista, y de los reclamos de un universalismo que pretenda borrar la especificidad histórica, cultural y política de América Latina, especificidad que, no por las transformaciones que impone la globalización, parece en vías de desaparecer. En este sentido, *su teoría del conflicto* se concentra en las operaciones de apropiación discursiva e ideológica inherentes a toda forma de representación simbólica realizada dentro de los modelos dominantes en el imaginario criollo y también en los imaginarios que se construyen desde fuera sobre ese objeto de deseo llamado América Latina. Pero el énfasis de su crítica está puesto, principalmente, en la permeabilidad, tensiones y negociaciones que hacen posible esa representación de un *otro* al que define como esencialmente diverso, exterior, antagónico, con respecto al ser social y a la conciencia que organiza las representaciones del mundo y la cultura.

Si esta teoría se opone a los principios que promueven la idea de una unificación nacionalista o de un universalismo abstracto, resistiéndose a elaborar como mera *diferencia* los *antagonismos* de fondo, se opondrá también a toda forma de globalización que suponga, en el contexto del multiculturalismo neoliberal, el borramiento de problemáticas y de agendas locales, desconociendo los efectos de nuevas formas de hegemonía en las etapas que suceden a la irresuelta modernidad latinoamericana.

La denuncia final de Cornejo acerca del predominio del inglés sobre el español y acerca de la pujante propuesta de América Latina como constructo determinado por los procesos de redefinición profesional o disciplinaria en los centros de acumulación teórica a nivel internacional es una reflexión sobre el conflicto que es inherente a la constitución misma del campo, en la modernidad y en los estadios actuales de globalización. Ni el localismo puede ser ya un refugio contra los flujos y efectos de la transnacionalización cultural, ni la globalidad puede ser asumida como una panacea universalizante donde la *diferencia* sea, como advirtiera Jameson, la esencia identitaria de la posmodernidad y el multiculturalismo el pluralismo conciliatorio de la nueva época. El texto de Cornejo no promulga lo primero, ni se deja deslumbrar por lo segundo. Su reflexión sobre la diglosia crítica y, por esta vía, sobre el posible final del hispanoamericanismo, no se escribe de espaldas a las nuevas articulaciones culturales. Habla, aunque con menos radicalismo del que le han atribuido sus intérpretes, de un predominio, de un peligro, de un exceso, de una distribución desigual de saberes, de una parcializada red de producción y circulación de bienes simbólicos.

Creo que Cornejo Polar percibe detrás de la tendencia de universalización cultural lo que Román de la Campa ha aludido como el desasosiego político de

un sector intelectual que promueve una lectura del devenir histórico latinoamericano a partir de lévitaciones epistemológicas por medio de las cuales los centros de la globalidad puedan llegar a imaginar sociedades distintas desde la lejanía⁷.

Seguramente Cornejo tenía presente al escribir su texto, junto a la red de teorías posmodernas y poscoloniales, los antagonismos intrínsecos, no superables a través del discurso, que son propios de las sociedades latinoamericanas, enquistadas en una premodernidad que más allá de las hibridaciones, existe aún sustraída, en muchos casos, a las leyes del mercado cultural, o a las elucubraciones proyectadas desde los grandes supermercados teóricos de un norte que sigue siendo norte en medio de la globalidad, y que no por desmontar o relegar las agendas locales decidirá su desaparición.

Toda teoría “central” (internacional o localmente hablando) –letrada, urbana, escrituraria– necesita su “indio”, su subalterno, para definir en su revés el lugar del que habla, situación sin duda tributaria, como muchos críticos han reconocido, de la condición neocolonial de América Latina, que ha dejado la idea de que el “subcontinente” sólo puede ser asediado de manera unidireccional, sin llegar a adquirir reciprocidad discursiva ni llegar a obtener pleno derecho en el proceso de su autorrepresentación⁸. Siendo así, tiene razón Cornejo al pensar que más allá de los efectos de la globalización y de los beneficios de la transculturación, cada lado del debate y del proceso interpretativo seguirá manteniendo su ritmo disciplinario y defendiendo intransigentemente sus cánones⁹. Quizá, en este sentido,

⁷ La referencia corresponde a la comunicación presentada por De la Campa en el congreso de LASA de Chicago, 1998. Sobre las posiciones de este crítico respecto a la inserción de éstos problemas en el campo de los estudios latinoamericanos, véase, por ejemplo, su artículo “Latinoamérica y sus nuevos cartógrafos: discurso poscolonial, diásporas intelectuales y enunciación fronteriza”.

⁸ Edward Said ha señalado la misma situación al referirse al silenciamiento del colonizado, concebido, como indica Said, con la frase de V. S. Naipaul, como alguien “condenado sólo a usar el teléfono, nunca a inventarlo” (Citado por Said en “Representing The Colonized: Anthropology’s Interlocutor” 207; la traducción es mía). En el mismo artículo, Said analiza la problemática del observador, principalmente en antropología, dando ejemplos de la falta de teorización del analista acerca de sí mismo, de su propia posición y determinación enunciativa (212).

⁹ En relación con la nota anterior, que toca al problema de la elaboración de la posición enunciativa desde la que se emite el discurso crítico, vale la pena señalar que Cornejo Polar no desconoce, en este sentido, las contradicciones que el problema de la traducción interpretativa –vía antropología, crítica literaria o estudios culturales– representa incluso para su propia posición “heterogénea” de intelectual criollo situado en la exterioridad letrada, urbana, escrituraria, con respecto a las culturas indígenas estudiadas por él. Dice, al respecto, en *Escribir en el aire*: “[...] no voy a caer en el elegante sofisma de Spivak para quien el subalterno como tal no puede hablar, primero porque es obvio que *sí* habla, y elocuentemente, con los suyos y en su mundo y segundo porque lo que en realidad sucede es que los no subalternos *no* tenemos oídos para escucharlo, salvo cuando trasladamos su palabra al espacio de nuestra consuetudinaria estrategia decodificadora. Tenemos que reconocer –al menos yo lo reconozco– que los críticos, como los gestores de testimonios o como los recopiladores-traductores de discursos otros, generalmente nativos, somos algo así como una incómoda parodia del Rey Midas:

como advierte Cornejo Polar, no sea la pregunta de Spivak la que cuenta –si el subalterno puede, en efecto, hablar–, sino si el *otro*, desde sus lugares de privilegio lingüístico, interpretativo, representacional, puede, realmente, aprender a escuchar.

DESPLAZAMIENTOS, VOCES Y EL LUGAR DE LA LENGUA EN LA CRÍTICA DE ANTONIO CORNEJO POLAR

1. INTRODUCCIÓN

Podría considerarse que uno de los temas de reflexión más importantes que la teorización poscolonial ha entregado a los estudios latinoamericanos es el que se vincula con el lugar central de la lengua en intercambios interculturales, y su función determinante como dispositivo esencial en el proceso de construcción y negociación de identidades colectivas. Esta cuestión, que implica un reconocimiento de la distancia que separa a los sujetos que intervienen en situaciones comunicativas, y de la necesidad de captar y elaborar productivamente la *diferencia* que articula agentes y proyectos culturales, es uno de los temas que Antonio Cornejo Polar trabajara, durante sus muchas décadas de labor intelectual, y con el que decidiera cerrar (o mejor aún, dejar abierto) el ciclo de sus reflexiones sobre literatura y cultura latinoamericana.

En torno a ese tema, que recorre la cultura americana desde sus orígenes occidentales, se ha reconocido que todo discurso, escrito u oral, lleva las marcas no sólo de la posicionalidad individual de los sujetos involucrados en el acto comunicativo, sino de la “situación de discurso” que da lugar al intercambio lingüístico. Para decirlo en la forma resumida que da a esta cuestión Bill Ashcroft, “todo texto escrito es una situación social”, de la misma manera que todo significado es una realización o un logro social *posicionado* (“a situated accomplishment”) caracterizado por la participación de escritor y lector en un discurso particular (“Constitutive Graphonomy...” 298)¹.

La tensión entre este particularismo pautado por la lengua y el paradigma universalista de lo postcolonial se sitúa en el centro mismo de los debates actuales sobre globalización, transdisciplinariedad y *area studies*, debates que se nutren en gran medida, muchas veces sin dar(se) cuenta de ello, de la crítica de Cornejo Polar y de lo que en otra parte he llamado su “teoría del conflicto”². En efecto, la

¹ En palabras de Ashcroft: “The written text is a social situation [...] Meaning is a social accomplishment characterized by the participation of the writer and reader functions within the ‘event’ of a particular discourse. To take into account the necessary presence of these functions and the situation in which the meaning occurs, the meaning may be called a ‘situated accomplishment’” (“Constitutive Graphonomy...” 298-299)

² Véase, al respecto, mi artículo “De metáforas y metonimias”.

todo lo que tocamos se ‘convierte’ en literatura. Y sin embargo, por poco cómoda que sea, esta sospechosa alquimia resulta inevitable al menos para todos los que fuimos formados, y para que los que nosotros mismos seguimos formando, como hermeneutas de textos escritos. En última instancia, y es bueno tener conciencia de ello, la voz del subalterno nos invade en la vida cotidiana pero solamente la asumimos como parte de nuestras preocupaciones académicas cuando ha sido sometida por ciertos requerimientos: haber sido seleccionada y adecuada (y con frecuencia traducida) por colegas más o menos prestigiosos o haber quedado transpuesta y transformada (vía otro colega) en ‘testimonio’. En realidad, frente a esa inmensa masa de discursos subalternos que discurren dentro de su propio espacio, y ante los que estamos desarmados, los especialistas en literatura deberíamos comenzar a sentir la misma angustiada desazón de los nuevos antropólogos y etnólogos y encontrar el lugar desde el cual y la relación con la que nuestra práctica académica no termine por hacer del discurso del subalterno poco más que la materia prima de un producto hecho a imagen y semejanza de nosotros mismos” (220-221). Aunque Cornejo no se refiere aquí expresamente al tema de la lengua, su consideración acerca de la “exterioridad” del crítico respecto a las culturas estudiadas queda en evidencia. Agradezco a Armado Muyolema, estudiante de la Universidad de Pittsburgh, haber puntualizado la “heterogeneidad” en la obra de Cornejo Polar respecto a las culturas indígenas, particularmente en lo que toca al privilegio del español con respecto a las lenguas quechua y aymara, por ejemplo. Esta consideración obliga no a minimizar el argumento de Cornejo respecto a la relación español/inglés, pero sí a ponerlo en la perspectiva que le corresponde. Vale la pena señalar, en este sentido, que Cornejo se refiere en su artículo principalmente al uso académico del castellano en el contexto disciplinar académico del latinoamericanismo y a los juegos de poder que se registran en ese campo particularmente en los Estados Unidos. La relación entre la puntualización de Muyolema y este parámetro preciso al que se refiere el reclamo de Cornejo Polar en su último artículo merecería, sin duda, más elaboración.

vinculación estrecha entre *los usos de la lengua, el posicionamiento geocultural de discursos y sujetos*, y los *desplazamientos transterritoriales* (exilios, migraciones, diásporas, y los consecuentes “imaginarios postnacionales” que ellos generan) son el trasfondo teórico que informa las nociones de *heterogeneidad, totalidad contradictoria (no dialéctica) y sujeto migrante*, que son centrales en la obra del crítico peruano.

2. DESPLAZAMIENTOS PARADIGMÁTICOS

Quiero proponer aquí que el caso de Antonio Cornejo Polar, cuya labor crítica latinoamericanista es motivo de estas reflexiones, puede ser entendido como paradigmático del recorrido que el campo ha realizado en las últimas décadas. Digo paradigmático, sin olvidar las advertencias que yo misma incluyera en un estudio anterior sobre este mismo tema (Moraña, “De metáforas y metonimias”), en el que, parafraseando el último artículo de Cornejo Polar, me refería a “los riesgos de las metonimias”. Tratando de no caer en fáciles y riesgosas asimilaciones, propongo que entender la trayectoria de Cornejo Polar desde las letras coloniales hasta las nacionales, desde un latinoamericanismo *in situ* hasta su práctica transnacionalizada, desde los avatares de la política andina que lo desplazaran de su contexto cultural originario a la institucionalidad académica norteamericana que lo acogiera hasta el final de sus días es, de alguna manera, penetrar por uno de los ángulos posibles, en el intrincado desarrollo del campo latinoamericanista y en algunas de las *fugas* que lo caracterizan en la actualidad³. Tampoco es ajeno a ese carácter paradigmático el sentido que asume en la obra de Cornejo Polar la posicionalidad criolla con respecto a los universos heterogéneos, principalmente indígenas, que enfocara en su trabajo⁴.

Los varios desplazamientos arriba mencionados, ya sea los que se refieren al tránsito historiográfico que va desde el estudio del “Discurso en loor de la poesía” y de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso hasta la obra de escritores contemporáneos, o el que moviliza la práctica profesional desde la periferia latinoamericana hacia los centros más privilegiados del latinoamericanismo internacional, con la consiguiente reinscripción lingüística (yendo, así, desde la hege-

³ He elaborado la idea de las “fugas” que se registran en este campo de estudios en mi artículo “Migraciones del latinoamericanismo”, en el que aludo al lugar de la lengua en distintas orientaciones disciplinarias.

⁴ Como se sabe, el mismo Cornejo Polar trabajó el tema de la migración y de los cambios que este fenómeno provoca a nivel de identidades individuales o colectivas. Véase, por ejemplo, sus artículos “Condición migrante e intertextualidad multicultural” y “Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrantes...”.

monía del castellano como instrumento de la cultura criolla, dominante de las indígenas, hasta el predominio del inglés como lengua de poder teórico y negociación intercultural en la globalidad), giran en torno a otro problema fundamental: el de la reformulación y descentralización que sufre el concepto de *nación* como ideograma nuclear de la reflexión crítico-historiográfica y como base de las elaboraciones en torno a la vigencia o descaecimiento de *culturas nacionales*, que fuera uno de los puntos de apoyo principales de la crítica latinoamericana desde los orígenes de la nación-Estado.

a) *Heterogeneidad y subjetividad: de lo pre a lo pos-nacional*

La obra crítica de Cornejo Polar realizo, en este sentido, todo el periplo que va desde las etapas protonacionales en la colonia hasta la consolidación de los conglomerados nacionales, estudiando la función del discurso letrado como lugar de producción y reproducción de hegemonías y como representación de la otredad indígena a partir de la identidad criolla. Pero, como la obra de José Carlos Mariátegui, la de Cornejo Polar manifestó siempre una desconfianza fundamental en la función cohesiva y homogeneizante que el proyecto de cultura nacional implicara como plan centralizador, elitista y excluyente de los múltiples sistemas socio culturales que coexisten en las distintas regiones latinoamericanas⁵. La temprana conciencia de que América Latina era abarcable mucho más a partir de una visión regionalista que desde una perspectiva restringidamente “nacional” o totalizadamente continentalista permitió a Cornejo Polar impulsar pioneramente la idea de la existencia de imaginarios sub, supra o post-nacionales, según los casos, que el discurso poscolonial descubriera mucho después, al registrar la crisis de la noción esencialista de identidad y la corrosión de la centralidad de la institucionalidad estatal en tiempos de predominio neoliberal.

La noción de heterogeneidad, bien anterior a la de hibridez que popularizara en los ochenta Néstor García Canclini, entrega justamente la herramienta para impulsar la desagregación de los elementos que componen ideológicamente la idea de nación, dejando al descubierto la importancia de una multiplicidad de proyectos, sistemas y modalidades culturales que dinamizan, fragmentan y reacomodan constantemente a las formaciones sociales americanas⁶. El concepto y

⁵ Respecto al tema de lo nacional en la obra de Mariátegui, en la que se apoya la concepción de Cornejo Polar, puede verse mi artículo “Mariátegui y la ‘cuestión nacional’ un ensayo de interpretación”.

⁶ Para una primera postulación de la noción de heterogeneidad, véase Cornejo Polar, “El indigenismo y las literaturas heterogéneas...”. Sobre las relaciones y diferencias entre los conceptos de heterogeneidad, hibridez y transculturación puede verse, por ejemplo, Schmidt, Fernández Retamar, Lienhard, Mazzotti. El artículo de Fernández Retamar es en respuesta al texto de Cornejo Polar titulado

la práctica del multiculturalismo derivan de un reconocimiento similar, que cristaliza cuando los estudios culturales se hacen cargo, al menos en su versión estadounidense, de una realidad social en la que los distintos sectores negocian su presencia política, económica y social en términos culturales, con un énfasis ineludible en el particularismo de sus agendas, tradiciones, y formas de (auto)reconocimiento identitario. Quizá lo que distingue mejor ambas agendas es, nuevamente, la desconfianza radical de Cornejo Polar en la conciliación entre culturas cuya relación ha estado siempre marcada por el signo del conflicto (económico, racial, religioso, lingüístico, social), y su convicción de que la negatividad de la *otredad* indígena no podía (no debía) resolverse en América Latina en una síntesis futura que la reabsorbiera en la positividad hegemónica.

El tránsito que Cornejo Polar efectúa desde la noción de *heterogeneidad* a la de *sujeto* implica un paso más en esa concepción que busca resituar el problema de la cultura más allá de las coartadas teóricas de la modernidad, sin renunciar a considerar en sus elaboraciones los rastros, en muchos casos devastadores, que la misma imprimiera sobre las culturas americanas originarias⁷.

Su idea acerca de la construcción y funcionamiento social de subjetividades colectivas es bien consciente de los resabios que esta noción arrastra a partir de ciertas tradiciones⁸. Así, indica Cornejo Polar en *Escribir en el aire* que “si del sujeto se trata, es claro que la experiencia y el concepto modernos del sujeto son indesligables de la imaginación y el pensamiento románticos” (18). Su propósito, sin embargo, es justamente apartarse de esta concepción que sugiere la primacía de “un yo exaltado y hasta mudable, pero suficientemente firme y coherente como para poder regresar siempre sobre sí mismo” (18). Cornejo Polar busca, más bien, establecer su énfasis sobre la cualidad *relacional* de la subjetividad social, elaborando las “fisuras y superposiciones” (20), y el “inestable quiebre e intersección de muchas identidades disímiles, oscilantes y heteróclitas” (21). Su objetivo es “desmitificar al sujeto monolítico, unidimensional y siempre orgulloso de su coherencia consigo mismo, al discurso armonioso de una voz única a la que sólo responden sus ecos y a las representaciones del mundo que lo fuerzan a girar constantemente sobre un mismo eje” (23).

En su elaboración, Cornejo Polar se aleja progresivamente de la noción de *sujeto autónomo* que la historiografía y la antropología tradicionales tendieran a

presentar en sus análisis de la cultura indígena. Promueve en su lugar, más bien, la idea de ruptura o fragmentación de la utópica unicidad nacionalista —y de las *otredades* gestionadas desde el Poder— a partir de la recuperación del registro colonialista que deja como saldo articulaciones disfuncionales de las culturas sometidas a la cultura criolla, que ocupa en la región andina el lugar dominante. Esta noción, que el subalternismo elaborara también como crítica a la historiografía liberal, humanista y eurocéntrica, al enfatizar la dinámica discontinua y espontánea de la resistencia popular en distintos contextos, se registra en el énfasis que presenta la crítica de Cornejo Polar en la disgregación, descentramiento y desdoblamiento que descubre en las polifonías de la cultura andina y en sus modalidades de (auto)representación. *Escribir en el aire* es, en este sentido, la culminación crítica de Cornejo Polar en su búsqueda del *sujeto plural, relacional y diversamente situado*, cuyas prácticas dejan en evidencia las posiciones encontradas y siempre conflictivas que los distintos grupos ocupan desde el punto de vista económico, político, y social en América Latina.

b) *Del latinoamericanismo in situ al latinoamericanismo transnacionalizado: de la lengua, a la voz, a la lengua*

La transición de la práctica profesional de Cornejo Polar desde la región andina a contextos internacionales no se dio abruptamente. Para el crítico peruano, la América Latina que analizara siempre como parte de su labor profesional, sin ser una unidad, era sin duda un conjunto unificado históricamente, donde las diferencias dialogaban entre sí, aun en los niveles más álgidos de sus enfrentamientos y conflictos. Pero el paso a la academia norteamericana significó sin duda, en su vida y en su obra, un salto cualitativo que estuvo siempre marcado, a mi juicio, por un sentimiento de pérdida que, como el mismo crítico reconociera en un nivel teórico más amplio, acompañan ineludiblemente al migrante en todas las etapas de su itinerario. Lo que algunos han preferido poner en términos de la antinomia entre lo vernáculo y lo internacional, y que yo prefiero aludir como el paso de prácticas intelectuales *in situ* a prácticas transnacionalizadas, estuvo materializado en la crítica de Cornejo Polar en sus reflexiones sobre el lugar que la lengua ocupaba en la labor intelectual y académica. Cornejo Polar reconocía, como testimonian muchos de sus escritos, las políticas que regulan y determinan los usos de la lengua, a las que estudia en sus múltiples manifestaciones escritas y orales, cultas y populares, individuales y colectivas, y en muchas de las negociaciones que vinculan los extremos aparentes del espectro lingüístico. De esta manera, más allá de la voluntad de enfocar minuciosamente la *estética* que resulta de la experiencia lingüística, su obra manifiesta también conciencia clara de la necesidad de ver la lengua como instrumento *ideológico*, creador y reproductor de hegemonía.

“Mestizaje, transculturación, heterogeneidad”, que guiara parte del debate en las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana (JALLA), Tucumán, 1995.

⁷ Me he referido antes a este tema de la transición heterogeneidad cultural/construcción de sujetos en “ACP y los debates actuales del latinoamericanismo” y en “*Escribir en el aire*, heterogeneidad y estudios culturales”, ambos en este mismo volumen.

⁸ Para ver las ideas de Cornejo Polar respecto al tema del sujeto, que desarrolla en *Escribir en el aire*, puede consultarse su artículo “Ensayo sobre el sujeto y la representación”.

En la academia norteamericana, y sobre todo con el creciente avance de los estudios culturales, que tomaron vuelo a partir de la década de los ochenta, el predominio del inglés se reafirma con el prestigio creciente de la teoría, que pasa a ocupar, en el campo amplio del latinoamericanismo internacional, el lugar que la historia había tenido hasta la década anterior, mientras el paradigma socialista se mantuvo en vigencia y, con él, el impulso por mantener en primer plano el estudio de la materialidad cultural⁹.

Dentro del campo del latinoamericanismo, que nunca llegó a elaborar suficientemente la mala conciencia de su propia heterogeneidad lingüística y cultural con respecto a las culturas americanas no hispano-hablantes, la superposición del inglés –lengua de la teoría y la globalidad– al castellano –lengua hegemónica de la cultura criolla y código expresivo de conflictos históricos, políticos y sociales en América desde la colonia–, pareció demasiado. Aunque pueda y deba recalcar-se la falsa oposición entre estos aparentes extremos del espectro epistemológico (historia/teoría), vale la pena reconocer que dentro de los paradigmas de prestigio del latinoamericanismo internacional, la subalternización del castellano parece reproducir, en círculos concéntricos, situaciones de colonialismo cultural que dejan a las culturas estudiadas, sobre todo a las no hispano-hablantes, encerradas en la interioridad de sus códigos expresivos y (auto)representacionales, que sólo sucesivos sistemas de traducción lingüística y cultural, pueden hacer relativamente accesibles. Finalmente, el tema de la *traducción cultural* que ha ocupado uno de los puntos neurálgicos del debate antropológico en las últimas décadas, ha llegado de lleno a los estudios literarios, trayendo consigo la conciencia (culposa) de la desigualdad de las lenguas o, dicho de otro modo, de las asimetrías de poder que controlan el campo intelectual sobre todo en el estudio de culturas *otras*. La noción de *lenguas calientes y lenguas frías*, que deriva de Levi-Strauss, o de *lenguas fuertes y lenguas débiles* que recorre la disciplina etnográfica, se aplica claramente al problema que venimos mencionando.

Tales desplazamientos no pasaron inadvertidos a Cornejo Polar, de ahí su preocupación por el problema de la primacía del inglés en el hispanismo norteamericano, y por los cambios que las migraciones de sujetos y prácticas disciplinarias están produciendo en nuestro campo de estudio. Sin embargo, si bien el problema de la lengua lo preocupó, como digo, centralmente, en su misma tarea interpretativa Cornejo Polar realizó, a lo largo de décadas de estudio y reflexión, un desplazamiento crítico desde la interrogación sobre las políticas de la lengua a las estrategias de recuperación de *las voces* ocultas en textos o discursos. Su trabajo no constituyó, sin embargo, una vacía celebración de la polifonía multivocal, ni

un regodeo especulativo sobre los silencios del texto o el sujeto, sino más bien una indagación cuidadosa de las estrategias representacionales que permiten afirmar una presencia –incompleta y mediatizada– de sujetos existentes fuera de los límites de la *ciudad letrada*.

En sus análisis de la obra de Arguedas, por ejemplo, Cornejo Polar analiza no sólo los diversos sistemas lingüísticos y culturales que se entrecruzan en la prosa del autor de *Los ríos profundos* sino que trata también de detectar la disidencia y los pronunciamentos concretos que esos textos incluyen contra o desde el Poder. En sus alusiones al testimonio, se preocupa por el proceso que sigue la “palabra primera” (*Escribir en el aire* 221) y por el efecto de las sucesivas interpretaciones, traducciones, recopilaciones de que es objeto esa palabra originaria antes de transformarse en mercancía cultural. Lo que preocupa al crítico peruano no es sólo la conquista de un espacio donde el *performance* de la comunicación se juegue dentro de los códigos previstos por la “estrategia decodificadora” (*Escribir en el aire* 220), sino el resto que persiste o se pierde en el nivel de aquél que “lee la voz” (*Escribir en el aire* 221) del *otro* fuera de su registro.

En los casos de los testimonios de Domitila Barrios de Chungara y Gregorio Condori Mamani, Cornejo Polar persigue la transformación del sujeto individual en sujeto colectivo. En el primero, la voz se va reformulando a partir de las sucesivas conexiones de la palabra de la mujer con la del proletariado minero, y su ampliación interpelativa a toda la extensión de esta clase social a nivel nacional, y a los horizontes mismos de la utopía socialista transnacional todavía vigente a finales de los setenta. En la *Autobiografía* de Condori Mamani no se repite, sin embargo, la misma situación. Como resultante de “la experiencia de la marginalidad originaria” (*Escribir en el aire* 225) la individualidad se mantiene como un reducto que no alcanza el nivel de la socialización más que en ciertos alcances de información política que remiten al sujeto a un ámbito nacional imaginado y a algunos de sus rituales cívicos. Pero Cornejo Polar está atento, sobre todo, al modo en que la esfera privada se inscribe en el territorio de la lengua, en este caso el quechua, lengua materna y única de Gregorio y Asunta, su mujer, a quien corresponde el relato de los últimos capítulos de la “autobiografía” construida de manera plural, a través de versiones, traducciones, recopilaciones. Pero a este territorio de la *lengua* donde se inscriben las *vozes* corresponde el más vasto campo de la *cultura*, con sus mitos, tradiciones y posicionalidad política dentro de la región que la comprende. Ésta es, entonces, la instancia de socialización que a Cornejo Polar le interesa rastrear: la de las vías de identificación a través de las cuales voces, lenguas y culturas se vinculan, entrecruzan y fundamentan recíprocamente. Así, recoge las referencias de Gregorio a Tupac Amaru, a quien los españoles “le habían sacado su lengua, sus ojos desde la raíz” (*Autobiografía* 49, cit. por Cornejo Polar, 227-228), la alusión a Atahualpa, que tira al suelo la Biblia en el controvertido “diálogo” de Cajamarca y, finalmente, la rememoración de su

⁹ Sobre el tema de la relación inglés (teoría)/español (historia) puede verse, por ejemplo, Avelar, “The Clandestine Menage a Trois of Cultural Studies, Spanish, and Critical Theory”.

insuficiente adquisición del castellano (“Se entraba al cuartel sin ojos y sin ojos se salía, porque no podías salir con abecedario correcto. También sin boca entrabas y sin boca salías, apenas reventando a castellano la boca” (*Autobiografía* 45, cit. por Cornejo Polar 229). Según Cornejo Polar, las metafóricas mutilaciones del cuerpo remiten a la trágica y ancestral peripecia indígena: el sujeto sin lengua es un hombre sin ojos y sin boca, amputación que remite a la pérdida de la cultura propia, a la “expropiación del cuerpo” (229) individual y social, que es material y simbólicamente apropiado por la cultura y el poder dominantes. Pero lo más interesante es, quizá, el propio posicionamiento de Cornejo Polar –quien en muchos sentidos representa el *establishment* de la alta cultura universitaria y el paradigma del discurso letrado– que se reconoce entrando indirectamente al universo de la cultura quechua a través de transcripciones, traducciones y recopilaciones varias que mediatizan la comunicación con el *otro*:

Ambiguamente nos felicitamos de poder ingresar, siquiera por la puerta falsa, casi subrepticamente, en una conciencia que en un cierto nivel parece agotarse en su propia experiencia, pero que en otro se socializa en un complejo y ambiguo interdiscurso que aunque habla de derrotas, al momento mismo de hacerlo prueba –paradójica pero incontestablemente– la fortaleza, la persistencia y la vitalidad del sujeto que lo enuncia. Habla también, a través de las mediaciones a las que ha sido sometido, de la disgregada índole del mundo andino y de la desubicación que sufre el trabajo intelectual, singularmente el crítico, frente a esa configuración socio-cultural que no cesa de evidenciar su radical heterogeneidad (229).

En el testimonio final analizado por Cornejo Polar, *Nosotros los humanos/ Nuqanchik runakuna* éste destaca la presencia de fenómenos de transculturación y sincretismo religioso que revelan la existencia de cruces y contradicciones que tensan los procesos de construcción de sujetos y los discursos de (auto)reconocimiento individual y colectivo. Para Cornejo Polar, a través del espacio multiétnico se interconectan

varias y borrosas conciencias, instaladas en culturas diversas y en tiempos desacompañados [que] compiten por la hegemonía semántica del discurso sin llegar a alcanzarla nunca, convirtiendo el texto íntegro en un campo de batalla, pero también de alianzas y negociaciones, donde fracasa irremediamente todo recurso a la subjetividad individualizada, con su correlato de identidades sólidas y coherentes, y sus implicancias en la crítica y la hermenéutica literarias (233).

Lo que me interesa destacar en el fino análisis de Cornejo Polar es, nuevamente, su posicionamiento exterior y sólo aparentemente equidistante de las culturas encontradas en el espacio textual, y convocadas por el ejercicio crítico. La “heterogeneidad” y “desubicación” que percibe en el trabajo intelectual tiene que

ver con las posiciones de poder que afectan el proceso de construcción de subjetividades colectivas, y con su propio *locus* letrado, urbano, criollo, que de alguna manera construye a su objeto de estudio negociando la *diferencia* a través de estrategias interpretativas que no operan nunca sin dejar un resto irrecuperable que no puede ser alcanzado en su totalidad. En esta economía crítica, el lugar de la lengua es central y determinante. Constituye, en efecto, un espacio álgido y *distinto*, un campo de lucha interpretativa y representacional que admite “alianzas y negociaciones”, pero del que nunca son ajenos conflictos ideológicos y luchas de poder que se remontan a las primeras prácticas del colonialismo y se perpetúan en las prácticas modernizadoras.

Las dinámicas que descubre Cornejo Polar en la academia norteamericana de los noventa no son ajenas a estos recorridos anteriores entre lenguas hegemónicas y subalternizadas, sólo que ahora se han invertido los papeles, y el castellano y la cultura hispánica a la que remite son el objeto de la traducción y la “gestión” letrada. Su artículo final “Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas”, que levantara tantas reacciones por parte de la crítica, llama la atención justamente sobre el predominio del inglés y el descaecimiento de un latinoamericanismo basado en la textualidad y la recuperación de las culturas originarias, que está sufriendo ahora nuevos desplazamientos, al someterse a niveles exógenos de elaboración lingüística.

La superposición de esta nueva forma de hegemonía cultural se agrega a la preeminencia del castellano, que testimonia el colonialismo interno que la cultura criolla practicara con respecto a las culturas originarias desde el origen mismo de las formaciones sociales americanas. Las voces quedan nuevamente cautivas en las políticas de la lengua, dependiendo de la red de traducciones, transcripciones y selecciones que se ejercitan para recuperarlas. Cornejo Polar percibe en el latinoamericanismo globalizado esta instancia nueva de dominación que reconoce, por cierto, como parte de la reformulación de subjetividades colectivas que deriva no sólo del proceso de mundialización al cual no es ajeno ese campo de estudio, sino también de los mismos sujetos involucrados en ese campo, al desplazarse, integrarse, transculturarse. Este nuevo proceso requiere, entonces, nuevas estrategias de posicionamiento para la vinculación de voces y lenguas en el espacio del supradiscurso multicultural, en su etapa actual de formalización y redefinición ideológica. La situación requiere, también, conciencia de los juegos de poder que la determinan, y de los alcances que toma en el contexto de la globalización, el tema de la heterogeneidad que Cornejo Polar insertara tempranamente en sus análisis de la cultura latinoamericana.

ANTONIO CORNEJO POLAR Y LOS DEBATES ACTUALES
DEL LATINOAMERICANISMO: NOCIÓN DE SUJETO,
HIBRIDEZ, REPRESENTACIÓN

Este trabajo, cuyo título es sin duda mucho más ambicioso y prometedor de lo que pueden llegar a alcanzar estas páginas, se propone como una incitación doble a los estudiosos de la literatura y la cultura latinoamericana. Invita, por un lado, a descubrir cómo algunas de las categorías más recurridas del análisis cultural de las últimas décadas (sujeto, representación, hibridez) surgen y evolucionan en el pensamiento de quien fuera uno de los representantes más brillantes del latinoamericanismo contemporáneo. Por otro lado, está pensado como una introductoria –y sin duda parcial– indagación de los modos en que se formaliza en la crítica de Cornejo Polar una importante vertiente de la más reciente tradición latinoamericana, de cara a otras propuestas interiores y exteriores al continente.

En efecto, la obra de Cornejo Polar, por la dinámica interior que la organiza, atenta siempre a los ritmos, fracturas y conflictos políticos y culturales de América Latina, nos brinda el privilegio de percibir de cerca –casi desde adentro– el proceso y la factura misma de un pensamiento fértil y riguroso como pocos, que muchos de nosotros vimos gestarse y desarrollarse en las últimas décadas, como respuesta a los desafíos y también, sin duda, a los desengaños y ansiedades a que nos tiene acostumbrados la dolorosa historia continental. Es a la artesanía misma de ese proyecto intelectual, y a algunos de sus más depurados logros que quiero acercarme ahora una vez más, para dar forma pública, “profesional”, al diálogo que sigo manteniendo con Antonio.

En un trabajo anterior que escribí como reacción a la lectura del último libro de Cornejo Polar, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* traté de atender a los desplazamientos que se operan en la obra que ese crítico desarrolló desde la década de los años setenta, cuando las dictaduras y los movimientos de liberación impusieron en América Latina la reflexión acerca de las culturas nacionales y la redefinición del tema de las identidades, que sirviera de coartada ideológica a tantas propuestas demagógicas y a tantos proyectos culturales hoy perimidos en nuestro continente. En esa lectura de *Escribir en el aire* resaltaba lo que me parecieron entonces los aportes principales del texto: la destimificación de las grandes narrativas de las que se nutre el discurso oficial (nación, ciudadanía, identidad, progreso), el alerta contra la romantización del subalterno efectuada, sobre todo, desde propuestas “centrales”

y exógenas, todavía herederas del mesianismo intelectual de otras épocas, el énfasis en la necesidad de privilegiar, en la interpretación cultural, la encrucijada de discursos, proyectos y agendas desde la que surge y adquiere sentido todo texto o praxis cultural, en tanto formas de conciencia social a través de las cuales se expresan y proyectan los “ritos de la memoria” individual y colectiva.

Mi estudio registraba también una evolución fundamental en el pensamiento del autor: la que se va produciendo desde el concepto de heterogeneidad –que comienza siendo postulado como característica esencial (como en Mariátegui) de las culturas “nacionales” expandiéndose luego hacia cada una de las instancias que componen el proceso representacional– hasta la categoría de sujeto, que es la que articula primordialmente *Escribir en el aire*. Interpretaba entonces ese viraje como una forma de superación (no de renuncia) con respecto a las instancias críticas que habían hecho posible la reconceptualización de la literatura indigenista en los trabajos producidos en los años setenta, desde la publicación, en 1973, de *Los universos narrativos de José María Arguedas* y durante la prolífica década de los años ochenta. Es al significado de esta evolución crítico-teórica que quiero referirme brevemente en esta ocasión, para medir la contribución más reciente que hiciera el trabajo de Cornejo Polar a los nuevos debates que ocupan al latinoamericanismo internacional, y que atañen particularmente a la crítica indigenista de la última década.

Como en el caso del concepto de heterogeneidad, la estrategia de Cornejo Polar con respecto a la categoría de sujeto empieza por ser una estrategia disgregadora. La contribución mayor del concepto de heterogeneidad había sido la de dismantelar la noción fija, homogeneizante y verticalista de cultura y de (id)entidad nacional, reivindicando la pluralidad étnica, lingüística e ideológica de los distintos sectores articulados dentro de los parámetros convencionales de la nación-Estado. Desde esa base, la crítica que se formaliza en *Escribir en el aire* comienza por dismantlar, genealógicamente, la noción de *sujeto* como imagen monolítica, de cuño romántico-idealista, en tanto “espacio sólido y coherente”, donde el protagonismo histórico y la subjetividad colectiva se asocian, falazmente, a una ilusión de unidad, armonía y conciliación de clases, razas, géneros, en todo opuesta a lo que nos enseña la lección de la historia, leída desde los márgenes del discurso hegemónico. En oposición a esta perspectiva, Cornejo impulsará la idea de la fragmentación dentro de la totalidad, de la tensión y sobredeterminación de subjetividades –individuales o colectivas– intersticiales, que crecen y se desarrollan desgarradas entre diversas tradiciones y proyectos, nunca estables o sólidas sino en constante proceso de transformación y permeabilidad. La definición del sujeto depende, entonces, de la adscripción que el mismo asuma en cada instancia o aspecto de su trayectoria social, y de la afiliación más o menos provisional que realice a diversas agendas, sectores o espacios culturales¹.

¹ Para una discusión del sujeto subalterno, véase Prakash.

En lo esencial, la continuidad entre el concepto de heterogeneidad y la noción de sujeto así definida es evidente. Pero la principal innovación estriba, me parece, en el modo en que se inscribe la subjetividad colectiva en el campo cultural, y en los efectos que se registran a nivel metodológico, de múltiples repercusiones para el estudio de temas culturales, dentro y fuera del campo latinoamericano.

Como se señala en repetidas ocasiones en *Escribir en el aire*, la noción de sujeto tiene sentido, primordialmente, como categoría no absoluta sino *relacional*, en la que se anudan y despliegan las contradicciones del sistema social, interiorizadas ahora en el agente cultural mismo y en las praxis que éste desarrolla socialmente. Para Cornejo, lo fundamental es retener y potenciar una noción de “sujeto complejo, disperso, múltiple” (*Escribir en el aire* 19), a partir de la cual podemos interpretar el campo cultural y los procesos representacionales sin apelar a las narrativas maestras que dan la base al occidentalismo teórico (ilustración, liberalismo, nacionalismo, republicanism, etc.). Desde estas narrativas, que alentaron y siguen alentando el mito del sujeto universal, los productos culturales continentales sólo pueden ser vistos en términos de subalternidad, como variaciones, apartamientos o retardos con respecto a los discursos centrales. El sujeto latinoamericano permanece, desde esta perspectiva, como un paradigma de alteridad no redimida por la modernidad, es decir, como confirmación de la identidad “positiva” del occidente colonizador, que a partir de 1492 no dejaría nunca de re-descubrir la barbarie americana reafirmando, en cada instancia, la localización privilegiada de la mirada que se dirige desde afuera y desde arriba a los procesos y a los protagonistas culturales de las antiguas colonias. En la medida en que, como indica Chakravarty desde otras trincheras teóricas, “Europa continú[e] siendo el sujeto teórico soberano de todas las historias” (cit. por Prakash, 304) la noción de sujeto no podrá dejar de ser, como Cornejo enfatiza, una noción baldada, refleja, deficitaria, subalterna, dependiente, siempre “en vías de” realización y completamiento. De modo que el primer movimiento en la construcción de un sujeto emancipado debe ser el desafío a la razón (ilustrada, etnocéntrica, colonialista) que interpela al “otro” desde una identidad que sólo se concibe como reproducción al infinito de una imagen fija, universal, atemporal, dogmática, hegemónica².

La reivindicación de este sujeto latinoamericano “complejo, disperso, múltiple” como protagonista de una historia ya no colonial, ni siquiera poscolonial, sino *posoccidental*, dialoga en la teorización de Cornejo con el sentido de posoccidentalismo definido ya en 1976 por Roberto Fernández Retamar y retomado recientemente por Walter Mignolo, con énfasis en las relaciones de etnicidad y

² Sobre el sujeto universal en el discurso eurocentrista, véase Prakash. Sobre la elaboración del sujeto “subalterno” latinoamericano, véase Moraña, “El boom del subalterno”.

trabajo como problemáticas esenciales para la definición de subjetividades colectivas en América Latina³.

Para resumir el argumento que guía indirectamente la conceptualización del sujeto en la obra de Cornejo Polar, baste indicar que se organiza en torno a una redefinición de la noción de *origen* de las sociedades modernas en América Latina, colocando el problema de la raza como contra-discurso con respecto a las narrativas de la emancipación que afirman el valor liberador y fundacional de movimientos independentistas –y, en este sentido, anticolonialistas– que no van necesariamente ligados (como en el caso de la revolución haitiana) a la emancipación étnica de los vastos sectores, indios y negros, que constituyen la base (marginada y subalterna) de las formaciones sociales latinoamericanas⁴.

Aplicada al problema del indio, la noción de sujeto debe recuperar, como es evidente en la crítica de Cornejo Polar, las formas de existencia material que condicionan la conciencia social y los procesos de producción cultural en sus distintos niveles y momentos históricos, haciéndose cargo de la necesidad de contrarrestar el valor fundacional asignado por la historiografía burguesa a la emancipación americana que mantuviera en la República el sistema de explotación y marginalidad indígena instaurado por la Conquista.

En más de un sentido, esta visión de sujeto coincide con las definiciones que Gramsci proveyera respecto al concepto de subalternidad, y que Mariátegui activara en su momento en el Perú. El marxista italiano entiende la historia del subalterno como una peripecia no autónoma sino entrelazada con otras historias sectoriales en el interior de la sociedad civil. Gramsci enfatiza, sin embargo, que el sujeto subalterno ejerce una función –en sus palabras– “disgregada y discontinua” con respecto a los demás sectores sociales y a las narrativas que sustentan y legitiman el papel del Estado como salvaguarda del orden, la unidad y el centralismo político. Formulación primera de una definición política de sujeto subalterno, no marcada, en Gramsci, étnicamente, pero que daría base a la elaboración mariáteguiana sobre la subjetividad dispersa, aunque bien diferenciada, del sector indígena en la región andina.

Dejaré en suspenso, por ahora, el sentido de esta recuperación doblemente heterodoxa de Gramsci en el pensamiento de Cornejo Polar, en momentos en que las bases del marxismo ortodoxo se debilitan a efectos de los acontecimientos políticos de la última década, así como la importancia de la articulación evidente

³ Mignolo desarrolla el tema del posoccidentalismo en “Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas”, pero a efectos de situar aspectos históricos y teóricos relacionados con el tema conviene revisar también su artículo “Occidentalización, imperialismo, globalización”.

⁴ Este argumento es el que desarrolla Fernández Retamar y retoma Mignolo para su elaboración del posoccidentalismo en relación con la construcción de “epistemologías fronterizas”, también discutidas por De la Campa en relación al discurso poscolonial.

de sus ideas con debates que, a nivel internacional, continúan retaceando su reconocimiento a las teorizaciones latinoamericanas. Quiero más bien enfatizar la relación entre la elaboración de noción de sujeto y los últimos trabajos publicados por Cornejo Polar en torno al tema del sujeto migrante, en lo que parece ser una tercera instancia en la reelaboración del tema de la construcción identitaria en América Latina.

La reflexión en torno a la migración articula el trabajo de Cornejo Polar a algunas de las premisas en que se apoyan los estudios culturales en la última década, tanto los que se refieren a América Latina como a la cultura latina en Estados Unidos o a fenómenos de intercambio e hibridación cultural en otros contextos contemporáneos. Se vincula, en efecto, al campo de los *border studies* o estudios de frontera, así como a los temas de hibridación *à la* Canclini, o de transculturación, tal como la noción aparece aplicada en los trabajos de Fernando Ortiz, Mariano Picón Salas y Ángel Rama⁵.

Para el análisis del discurso migrante, Cornejo Polar enfoca primariamente las múltiples articulaciones que resultan de la sucesiva o simultánea adscripción de individuos o grupos comunitarios en espacios culturales diversos, como resultado de los desplazamientos poblacionales que se producen del campo a la ciudad, o en fenómenos de traslación interurbana, para citar sólo algunos de los fenómenos más frecuentes en este orden de cosas. En varios niveles, el migrante ejemplifica, en las rupturas y rearticulaciones culturales que constituyen su experiencia cotidiana, los fenómenos de desterritorialización y sincretismo que se registran ya desde las primeras etapas de la modernidad y se agudizan y generalizan en las últimas décadas como resultado de los tránsitos y diásporas políticas y económicas que marcan la dinámica entre localismo y globalidad que ocupan hoy en día la atención de los estudios culturales.

Además de la profunda incidencia de la migración en los niveles políticos, económicos y sociales de América Latina, el fenómeno de la migración es también desencadenante de múltiples efectos que actúan, por así decirlo, en el nivel del imaginario. La transformación vivencial que modela al individuo y a las comunidades desplazadas de su lugar de origen incide, sobre todo, en los planos del sentimiento y la memoria, la imaginación y la conducta, desbordando los marcos previsibles en un sujeto estable, arraigado y contenido por la red de instituciones, costumbres y valores que constituyen su bagaje identitario original. Como indica Cornejo en ocasión de su estudio sobre la condición migrante en José María Arguedas:

⁵ Sobre migración y cultura, así como sobre las diferencias entre migrancia, inmigración y diáspora, véase Trigo.

Después de todo, migrar es algo así como nostorgiar desde un presente que es o debería ser pleno las muchas instancias y estancias que se dejaron allá y entonces, un allá y un entonces que de pronto se descubre que son el acá de la memoria insomne pero fragmentada y el ahora que tanto corre como se ahonda, verticalmente, en un tiempo espeso que acumula sin sintetizar las experiencias del ayer y de los espacios que se dejaron atrás y que siguen perturbando con rabia o con ternura (“Condición migrante”, 103).

Si por un lado, los tránsitos que impone la migración cancelan, por su naturaleza discontinua, la relación binaria –oposicional– centro/periferia, por otro lado modifican también las relaciones de poder del tipo hegemonía/marginalidad, alta cultura/cultura popular, oralidad/escritura en su carácter de espacios supuestamente definidos a los que corresponderían ciertas formas estables de subjetividad, o sea de conciencia social y praxis cultural. Sin postular que tales relaciones de poder desaparecen por efecto de la migración individual o colectiva, el análisis del discurso migrante problematiza al máximo esos antagonismos, atendiendo tanto a las dinámicas que recorren horizontalmente a la sociedad como a los intercambios, transvases y transformaciones que se producen en su interior como consecuencia de los procesos de movilización poblacional.

Cornejo enfatiza la multiplicidad de arraigos, lenguas, agendas y recursos representacionales que caracterizan la experiencia migrante, no por un afán “posmoderno” de celebración de la fragmentariedad o romantización del margen, sino como manera de establecer, para el caso latinoamericano, la idea de que la subjetividad y las formas identitarias que de ella se desprendan sólo puede entenderse como una categoría relativa, proteica y conflictiva, es decir, como un espacio de negociación del cual pueden surgir tanto sentimientos de alienación y desarraigo como enriquecimientos múltiples resultantes de los nuevos desafíos que abre la experiencia de reterritorialización.

Por encima de la categoría de sujeto individual o colectivo, lo que resalta la presentación de Cornejo es la importancia de insistir en dos puntos principales. Primero, en la necesidad de analizar las estrategias a través de las cuales se pueden “crear espacios intersubjetivos o de pertenencia compartida” desde los que el sujeto migrante puede apelar e interpelar a públicos diversos, ubicándose en espacios desde donde implementar los intercambios materiales o simbólicos que corresponden a sus diversas formas de inserción social (Cornejo, “Una heterogeneidad no dialéctica”, 843). Segundo, sobre el hecho de que el discurso migrante no suele resultar en fáciles conciliaciones o síntesis dialécticas –donde el sujeto es absorbido o cooptado por alguna de las culturas en las que voluntaria o involuntariamente se inscribe. Más bien, en oposición al ideal romántico de un sujeto unificado, coherente y definido, el migrante se caracteriza por reivindicar el derecho a la contradictoriedad, la asimetría, la multiplicidad.

Cornejo es particularmente cauto en la valoración del sujeto migrante y del valor del discurso que deriva de la experiencia de reterritorialización, eludiendo a la vez la mitificación y el rechazo. Dice al respecto:

Contra ciertas tendencias que quieren ver en la migración la celebración casi apoteósica de la desterritorialización (García Canclini, *Culturas híbridas*), considero que el desplazamiento migratorio duplica (o más) el territorio del sujeto y le ofrece o lo condena a hablar desde más de un lugar. Es un discurso doble o múltiplemente situado (“Una heterogeneidad no dialéctica”, 841).

A partir del análisis de un caso real paradigmático, el del cómico ambulante recogido por Zapata y Biondi en su recopilación de textos sobre la oralidad en la Lima contemporánea, Cornejo agrega que a partir de su adscripción variable y de la necesaria ubicuidad que debe exhibir el personaje para sobrevivir, su condición migrante le permite hablar “con espontaneidad desde varios lugares, que son los espacios de sus distintas experiencias, autorizando cada segmento del discurso en un *locus* diverso, con todo lo que ello significa, incluyendo la transformación de la identidad del sujeto, *locus* que le confiere un sentido de pertenencia y legitimidad y que le permite actuar como emisor fragmentado de un discurso disperso” (Cornejo Polar, “Una heterogeneidad no dialéctica”, 843).

La inflexión de este texto me hizo pensar, desde la primera lectura, en una acotación al paso incluida por Ángel Rama en la quinta parte de *La ciudad letrada* (“La polis se politiza”), cuando indica que el análisis que viene realizando, al llegar a los años setenta va a pasar “de historia social a historia familiar, para recaer por último en *cuasi* biografía, anunciando la previsible entrada de juicios y prejuicios, realidades y deseos, visiones y confusiones” (Rama, 106). Creo que en la sobria y rigurosa crítica de Cornejo Polar, la cuestión del sujeto, pero sobre todo las elaboraciones finales sobre el discurso migrante, se vinculan íntimamente a su propia trayectoria de las últimas décadas, a la experiencia de desterritorialización y reinserción cultural, a la búsqueda de espacios intersubjetivos, de comunicación intersticial, entre dos lenguas, culturas, tradiciones, proyectos y públicos que le imprimían a su trabajo distintas urgencias y requerimientos diversos. Pienso –pero quizá es sólo la ilusión que me deja un diálogo truncado– que a través de la interpretación de la *performance* del cómico ambulante, Antonio se explica y nos explica, metonímicamente, la experiencia común de la diáspora, y la búsqueda de estrategias de legitimación de un discurso crítico que muchos hemos estado emitiendo, desde afuera y desde adentro de América Latina, mientras tratábamos de transformar el lugar del otro en el lugar del yo, ensayando formas de pertenencia e intercambios simbólicos en espacios plurales, asimétricos, nunca totalmente conciliados ni armónicos, negociando nuevas identidades, todas legítimas a su manera, provisionales, móviles, dispersas.

Al final de la introducción a *Escribir en el aire*, fechada el 24 de abril de 1993, su autor indica: “desde que el azar me puso por algunos años en el Primer Mundo lo mejor que he descubierto es que yo también soy irremediablemente (¿y felizmente?) un confuso y entreverado hombre heterogéneo”. Desde entonces, y autorizado por su propia experiencia multicultural, Antonio, como tantos de nosotros, barajaría el aquí y el allá, el ayer y el hoy, lo suficiente como para poder afirmar, legítimamente, su propia heterogeneidad, como el autor que, traviesamente, se convierte en personaje de su propia ficción. Desde esa perspectiva parcialmente desplazada y, como la de muchos de nosotros, de a ratos itinerante, híbrida, provisional, pudo verificar cotidianamente que la construcción identitaria depende, individual y colectivamente, no sólo de la reivindicación de los que se han dado en llamar los “saberes locales”. Depende también, en gran medida, de la habilidad del sujeto para re-presentarse y reinventar el material simbólico, aceptando, como Antonio nos recuerda, que “triunfo y nostalgia no son términos contradictorios en el discurso del migrante” (“Una heterogeneidad no dialéctica”, 840), y que la voz precaria y trashumante que emite ese discurso está condicionada –y tal vez condenada– por los “lugares desiguales” del conocimiento y la experiencia, desde los que hablan, como en su propio caso, “las voces múltiples de las muchas memorias que se niegan al olvido” (“Una heterogeneidad no dialéctica”, 843).

IV. NOTAS